

*aliud, nisi docere velle videamur*<sup>1</sup>. Y lo aclara con esta preciosa comparación: Como la sangre se derrama por todo el cuerpo, así la conciliación y moción de los afectos han de derramarse por todos los miembros del discurso, hermo-seándolos con sus gracias y avivándolos con su calor. *Reliquae duae, sicuti sanguis in corporibus, sic illae in perpetuis orationibus fusae esse debebunt.* (Ibid.)

Con gusto hubiéramos sustituido por otro el exordio har-to peregrino; pero lo hemos respetado, ya por su mérito in-trínseco y trabazón con lo que sigue, ya porque pinta con dos palabras el abatimiento del género humano antes de la venida de Jesucristo al mundo, y su hazaña inmortal en haber desterrado de él la idolatría y sujetádole á la servi-dumbre de su amor; recuerdo siempre dulce al corazón de los redimidos.

<sup>1</sup> De Orat., II, 77.



## DISCURSO SÉPTIMO

### DE LA SALVACIÓN

*Cum autem immundus spiritus exiit ab homine, ambulat per loca arida quaerens requiem, et non invenit.*

Quando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por parajes áridos, buscando reposo y no le halla.

(MATH., XII, 43.)

### EXORDIO

*Por insinuación.*

#### I

TÚVOSE un tiempo por singular hazaña conseguir que las fieras, escondidas en las cavernas de los montes ó en la verdura de los valles, no hiciesen á los hombres daño alguno, limitándose la industria de éstos á evitar que los despedazasen los osos y jabalíes, ó los mordiesen las víboras, ó los molestasen otros dañinos animales. Nos maravilla ahora tal poquedad de corazón; porque el nuestro ha sido tan animoso, tan valiente, ó, mejor dicho, tan codicioso de placeres y riquezas, que, no contentos ya con que no nos perjudiquen, nos valemos de las fieras, aun de las más bravas, para nuestra necesidad, regalo y entretenimiento. Servímonos de sus pieles para cubrir y defender nuestros cuerpos; de sus carnes para alimentarnos, de sus huesos para las artes, y hasta de su ponzoña y veneno para la confección de antídotos y medicinas, en términos que puede asegurarse que más hombres conservan por ellas la vida y la salud que no la pierden víctimas de su ferocidad.

Esta valentía, cristianos amadísimos, hemos de tener

<sup>1.ª</sup> parte, donde encierra la atención y curiosidad.

<sup>2.ª</sup> Cobardía de los antiguos respecto de las fieras;

valentía nuestra.

<sup>2.ª</sup> parte ó aplicación;

contra aquella bestia infernal, ruina y asolamiento del mundo, que se llama demonio, *fera pessima*<sup>1</sup>. No ha de bastar á nuestro valor que esquivemos sus acometimientos, que rechacemos sus impetus, que le ahuyentemos de nosotros; debemos, además, sacar de él provecho y comodidad. Mas ¿de qué puede servirnos el demonio? De gravísima enseñan-

za, hermanos míos; puede y debe servirnos de estimar en mucho nuestras almas. Las aprecia tanto el demonio, que, según atestigua Jesucristo en su Evangelio, si alguna se le huye, no duerme ni sosiega; antes se afana, se desvive y se revuelve noche y día hasta recobrar la presa: *Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida quaerens requiem, et non invenit*. Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, va por lugares áridos, buscando reposo y no le halla. Y nosotros ¿sufriremos indiferentes que la robe? Fijaos un momento en las mañas y violencias del enemigo de la naturaleza humana para arrastrarnos hacia sí y despediarnos en los infiernos. Ya nos cerca con mentirosos halagos como á Eva; ya nos combate con adversidades como á Job; ahora nos ciega con la codicia del interés como á Judas, ahora, como intentó con nuestro divino Salvador, nos enlaza y prende con lisonjas vanas, con aplausos desmedidos, con magníficas promesas.

etopéya;

distribución.

3.ª parte, donde se gana la REVENENCIA por extrañable celo de las almas;

por afectuosa comunicación.

Y nosotros ¿nos descuidamos de nosotros mismos y estamos mano sobre mano? **Que no se estime la propia alma!** ¡que así se duerma en negocio de tanta monta de que pen- de la eterna salvación! Dejadme, hermanos míos, desahogar hoy mi sentimiento; dejadme llorar descuido tan fatal, y vosotros apiadaos de mi dolor y acompañadme en él; que si escucháis atentis mis razones, veréis si es cosa por todo extremo deplorable.

<sup>1</sup> Gen., xxxvii, 33.

## PARTE PRIMERA

## II

Arg. 1.º

Que viven muchos cristianos olvidados de su alma y de su eterna salvación, es, por desgracia, cosa manifiesta, si bien lo consideramos. Una de las señales por donde se descubre si un negocio se tomó de veras, es, á mi juicio, cuando sobre ello se habla, se conversa, se busca con ahinco alguna persona que lo pueda encaminar. El patriarca Jacob, que había ido á tierras extrañas en busca de Labán<sup>1</sup>, pregunta acerca de él muy por menor á los pastores de la comarca, que suponía más enterados; ¿por qué? Porque tenía verdadero deseo de conocerle. José<sup>2</sup>, enviado á buscar á sus hermanos, anda por caminos y veredas preguntando á los que pasan, de quien espera más ciertas noticias; ¿por qué? Porque deseaba verdaderamente saber su paradero. Y Saúl, que salió no más que á buscar unas pollinas que se habían extraviado á su anciano padre, porque le aguijoncaba el cuidado de hallarlas, ¿qué no hizo? ¿qué trabajos no pasó? ¿qué diligencias no puso para tan peregrino hallazgo? ¿Lo creeríais? Rodeó montes, cruzó valles, recorrió incansable villas y aldeas, y, no satisfecho su deseo, determina consultar al oráculo de Israel, al profeta de Dios más ilustre, al mismo Samuel. *Eamus ad videntem*. Vamos al vidente<sup>3</sup>.

(Prop. del discurso.)  
De los indicios ó señales.

Prop. mayor.  
Cuando se quiere una cosa se habla de ella

por ejemplos,

Jacob;

José;

Saúl;

comunicación;

asinetado;

incremento.

¿Qué decís, cristianos? ¿Puedo persuadirme que os congoja el cuidado de vuestra alma, si ni os veo pedir un consejo en asunto tan grave, ni consultar un letrado, ni tratar de ello con personas de espíritu? Refiere el evangelista San Lucas que tocada de Dios la muchedumbre por la predicación de San Juan, y atemorizada con sus truenos y amenazas, iban, deseosos de salvarse, hasta las cuevas donde se guarecía el santo Precursor, y le decían: *¿Quid ergo faciemus?*<sup>4</sup> ¿Qué hemos de hacer para salvarnos? Iban los del

Prop. menor.  
Vosotros no tratáis de la propia salvación, ni os congoja este cuidado.

por ejemplo a contrario.

De los oyentes del gran Bautista;

<sup>1</sup> Gen., xxxix, 5.—<sup>2</sup> Gen., xxxvii, 16.

<sup>3</sup> I Reg., ix, 9.—<sup>4</sup> Luc., iii, 10.

pueblo, é hiriéndose los pechos le preguntaban: *¿Quid faciemus?* ¿Qué hemos de hacer? Iban los publicanos y pedían á voces: *¿Quid faciemus?* ¿Qué haremos? Iban hasta los soldados y otra gente desgarrada y todos preguntaban: *¿Quid faciemus ei nos?* ¿Y nosotros qué haremos para salvarnos? Y vosotros, confesadme la verdad, ¿cuántas veces habéis hecho esta pregunta con sinceridad de ánimo? *¿Quid boni faciam ut habeam vitam aeternam?* <sup>1</sup> ¿Qué he hacer para salvar mi alma? Acudís, es verdad, alguna que otra vez al claustro de algún convento ó á la casa de algún sacerdote, mas ¿á qué propósito? A distraer vuestro fatigado espíritu con pláticas de mundo, con nuevas de victorias y desastres, de ejércitos y revueltas, de acontecimientos propios y extranjeros; mas, para saber el camino de vuestra salvación, ¿á cuán pocos habéis molestado!

Mas ¿qué maravilla que tratéis y consultéis tan poco sobre el negocio de vuestra alma, si tan poco llama vuestra atención ni ocupa vuestra mente? Quien tomó á pechos un asunto, no puede, aunque quiera, desviarlo de su pensamiento, á semejanza del ciervo herido que lleva á todas partes la saeta que le atravesó. En ello piensa de día, sobre ello revuelve de noche, y, aun sepultado en profundo sueño, en ello tiene fija la imaginación. Esto pasaba á Temístocles, célebre capitán griego, el cual, como refiere Tulio, aun entre sueños envidiaba amargamente la gloria y los trofeos de su rival Miliades. Esto acontecía al capitán de Roma, el gran Marcelo, el cual, según cuenta Plutarco, amenazaba durmiendo y desafiaba ferozmente á su enemigo Aníbal; y esto, en fin, sucede siempre que se apodera del alma un afecto vehemente, que fuerza, aun á los dormidos, á dar voces y desahogar el sentimiento que les embarga; como se lee de Salomón, quien, preguntado entre sueños por el Señor qué merced quería, *postula quod vis, ut dem tibi*, únicamente pidió la sabiduría, como la cosa que más codiciaba. *Oplavi, et datus est mihi sensus* <sup>2</sup>. ¿Qué deseos de asegurar la salvación eterna tiene, pues, ninguno de vosotros, si se os pasan, no ya las noches, pero los días en-

<sup>1</sup> Matth., xix, 16.—<sup>2</sup> Sap., vii, 7.

teros, sin que cruce por vuestro espíritu una ligera idea del negocio de vuestra salvación, y aun durmiendo estáis pensando pensamientos de vanidad, según el dicho de Miqueas, pensamientos de juegos y diversiones, pensamientos de banquetes y de danzas, pensamientos de teatros y torpezas? *Qui cogitatis inutile in cubilibus vestris* <sup>1</sup>, y ni vueltos á despertar, ni en el transcurso del nuevo día, sentís arreatárseos una vez siquiera hacia el cielo vuestras almas?

## III

Pero hay más, cristianos; porque, si el no pensar nunca en la propia alma descubre poquísimo desvelo por su salvación, más lo descubre, en mi sentir, pensar en ella y no hacer caso ninguno. ¿No veo con sobrada evidencia que al alma dais siempre el postrer lugar y, como á cosa menos importante, la posponéis á todas las demás? Si, harto lo veo, y ojalá tuviera ojos para llorar como lo tengo para ver tal desconcierto. Siente cualquiera de vosotros remordimientos de conciencia, está cargado de pecados, lo conoce, lo ve; y ponderando un día en su corazón el estado lastimoso de su alma, y cuán á pique está de condenarse, oye una voz interior que le dice claramente: *Ve, miserable, ve á tal sacerdote y confiesa tus pecados. Vade, ostende te sacerdoti* <sup>2</sup>. ¿Y qué responde? Es cierto, esto no puede pasar, quiero confesarme. Pero ¿cuándo? Hoy mismo. — Hoy no puede ser; cabalmente estoy convidado á cierto pasatiempo; iré mañana. — Siento que me aprovecharía ir á la iglesia, oír misa y encomendarme á Dios. La oíré, si me sobra tiempo, después de hablar de mis pleitos con el abogado. — Necesitaría acudir al sermón esta mañana. Bien, no faltaré en ajustando unas cuentas atrasadas con aquel comerciante. Id discurrendo por el estilo, y hallaréis que siempre se da al negocio de la salvación el mañana, el último lugar. *In crastinum serua*. ¿Y esto se llama diligencia y deseo de salvarse?

<sup>1</sup> Mich., ii, 1.—<sup>2</sup> Luc., v, 14.

por inducción cotidiana y

por antitesis.

Lo 2.º no os congoja este cuidado;

por semejanza del ciervo herido;

por inducción de ejemplos profanos

y sagrados.

Aplicación y consecuencia final.

Luego no os importa vuestra salvación.

Arg. 2.º

De los contrarios.

Al alma dais siempre el postrer lugar. Luego poco os importa el alma.

Antec. por experiencia cotidiana.

por eficaz diálogo y exhortación.

Luego.

Confirmación. Es así que esto no es tener cuidado ni diligencia; Tras un largo y trabajoso camino llegó Eliezer, aquel criado de Abraham, á la ciudad de Nacor, en la Mesopotamia, con orden de buscar en la parentela de Batuel digna esposa para el mozo Isaac. Llegado que hubo, y recibido, como era de costumbre, en regalado albergue, se adelantan todos á obsequiar y agasajar al huésped: éste le toma la valija, aquél le quiere enseñar la casa, y el otro, viéndole tan cansado del camino, corre á presentarle algún refresco en tanto que se prepara la comida. *Ei appositus est in conspectu ejus panis* <sup>1</sup>. ¿Qué imagináis que hizo entre tantos agasajos? No hay que molestarse: déjenme, les decía con instancia, déjenme, que, por vida mía, no comeré bocado hasta haber declarado mi embajada. *Non comedam donec loquar sermones meos*. Y así, de pie como estaba, sin desembarazarse siquiera de los avíos de viaje, toma la mano y hace un largo razonamiento, contando muy particularmente los deseos de Abraham, las virtudes de Sara, las prendas de Isaac, la riqueza y abundancia de su casa, la conversación habida con la honestísima Rebeca junto al pozo; cómo le ofreció agua para sus camellos, y para sí ricos presentes, y, finalmente, tal maña se dió el bueno de Eliezer, y tan solícito anduvo en el negocio de su amo, que logró de la primera visita, no sólo disponer los ánimos, sino concertar allí mismo las partes y ajustar las bodas, y no paró hasta oír aquellas sabrosísimas palabras: *En Rebecca coram te est, tolle eam, et sit uxor filii Domini tui* <sup>2</sup>. Aquí tienes á Rebeca: tómala y sea la esposa del hijo de tu Señor... Mas ¿á qué tanta prisa, noble Eliezer? ¿Temes por ventura que se huya el tiempo y escape la ocasión y traten sus padres de desposarla con otro? Nada de esto temes, fiel criado. Pues ten espera, descansa un poco, recibe los obsequios, agradece tan cordial hospedaje, y luego, en reparando tus fuerzas, di sosegada y tranquilamente lo que traes en el corazón, y cumple tu cometido.—¿Que espere el fiel criado ejecutar las órdenes de Abraham? No lo sufre el ansia de darles feliz remate. Lo que más urge, despáchese en primer lugar; y así no quiere descansar, no quiere comer. *Non comedam donec lo-*

<sup>1</sup> a parte por hipotiposis

y linda prosopeya:

por enumeración

y gradación interesante.

<sup>2</sup> a parte. Amplificación por causas; vivo apostrofe;

obtestación;

sentencia;

<sup>1</sup> Gen., XXIV, 33.—<sup>2</sup> Gen., XXIV, 51.

quar sermones meos. En lo cual descubre, como advierte acertadamente Lira interpretando este pasaje, cuán en el corazón traía aquel negocio. *In hoc ostendit habere se negotium sibi impositum cordi* <sup>1</sup>.

conclusión.

Siendo esto así, ¿cómo, decidme, puede llamarse diligencia la vuestra en procurar la salvación, cuando veo que la posponéis, no sólo al necesario alivio de vuestro cuerpo, sino á los pasatiempos inútiles, á las diversiones vanas, á los entretenimientos mundanales? ¿Quién de vosotros dijo nunca en su corazón: Esta mañana he caído en pecado; pues no comeré hasta haberme confesado y lanzado de mí alma el mortífero veneno. *Non comedam*? He defraudado de su jornal á aquel pobrecito trabajador; pues no comeré hasta haberle tranquilizado, devolviéndoselo. *Non comedam*. He infamado á mi rival, he desdorado su buen nombre; pues no comeré hasta haber resarcido la injuria, retractándome. He quebrantado los fueros de la Iglesia, he cometido un desacato contra mi buen Prelado ó Superior con mi soberbia y contumacia; pues no comeré sin haber ido á sus pies y humilládome y confesado mi culpa, y propuesto la enmienda. *Non comedam*. ¿Quién de vosotros, amados míos, obra con este fervor y determinación; ó, más bien, ¿quién no relega el ajustar los negocios de su conciencia al postrer lugar, ó para cuando haya satisfecho cumplidamente con las obligaciones del mundo y con los antojos de su apetito?

<sup>2</sup> a parte ó aplicación vehemente;

por interrogaciones;

complejiones;

dialogismos.

Consecuencia final.

## IV

Pero, ¡neicio de mí, ¿de qué me maravillo? ¿No es mayor ceguedad la de aquellos que dejan para la vejez el cuidado de sus almas, y afirman que ya mirarán por ellas cuando la tengan en los labios marchitos y moribundos, y á punto de exhalar el último suspiro? No pensáis, por cierto, tan locamente en los negocios de la tierra. Trátase de colocar á la hija en ventajoso matrimonio; sin pérdida de tiempo que se haga. Trátase de un ascenso, de ilustrar el

Arg. 3.º De la circunstancia del tiempo. Aplazáis el cuidado del alma para la vejez. Luego no os importa el alma.

Transición por corrección.

Consecuencia

<sup>1</sup> In Gen., c. 24.

demostrada por inducción.

No obráis así en negocios de monta; por enumeración y viva subjección.

Amplif. por causas y anticipación oratoria.

\*Para salvar el alma hasta un instante.\*

Resp. A) por indignación;

B) por razón teológica

y autoridad de Escoto.

Conclusión por

enumeración

y sentencia;

nombre de la familia con pomposo título ó dignidad; que se negocie cuanto antes. Es menester trasladar poderes, terminar los pleitos; cuanto antes que se terminen. Hay que lograr la ocasión de una ganancia, ó acrecentar la hacienda, ó asegurar el patrimonio; que se asegure cuanto antes. Pero ¿á qué tanta prisa y diligencia? ¿No podríais dar largas y remitir esos quehaceres para la hora de la muerte? Ciertamente que podríais, pero no lo consentís; porque, para su despacho y buen recaudo, se necesitan, me decís, ent endimiento despejado, espacio largo, acuerdos muy sobre pensado, y multitud de particulares diligencias; mientras que, para salvar el alma, á muchos bastó un solo instante.

¡Oh, cristianos! ¡qué respuesta tan desatinada ha salido de vuestros labios! ¡Oh enorme ceguedad! ¡Oh seguridad detestable! ¡Oh palabras en un cristiano dignas de eterna reprobación!... Demos que sea así como decís, porque no quiero desviarme de mi principal intento. No podréis negarme que aplazar el negocio de la salud para la hora postrera es por lo menos arriesgarla sumamente, y que no á todos les va lo mismo en aquel riguroso trance, y que, por uno que se escape con felicidad, cien naufragan y se pierden. No es imposible, dice el esclarecido Escoto, no es imposible en la última hora tener verdadera penitencia: *Impossibile non est in extremis habere veram poenitentiam*; pero reparad en lo que se sigue: no obstante, esto es difícilísimo, ya por parte de Dios, ya por parte del hombre. *Hoc tamen difficillimum est, et ex parte hominis, et ex parte Dei*<sup>1</sup>. Por parte del hombre, porque está más endurecido su corazón en la maldad; por parte de Dios, porque está más enojado contra el pecador. ¡Es, por consiguiente, indicio de voluntad verdadera y eficaz exponerse á tanto riesgo y aventurar antes la eterna salvación que el casamiento de la hija, el lustre de la familia, la terminación de los pleitos, el acrecentamiento de la hacienda, como sea certísima la sentencia de San Buquerio, que el negocio de los negocios, el cuidado de los cuidados y la suma solicitud debe ser de la eterna

<sup>1</sup> In 4. Sent., dist. 10.

salvación? *Summas sibi sollicitudinibus partes, salus quae summa est, vindicare debet*<sup>1</sup>.

Con mejor acuerdo se portó en ocurrencia muy distinta el patriarca Jacob. Escuchadme, porque es divina la enseñanza que de aquí se colige<sup>2</sup>. Volvía Jacob con toda su familia á la tierra de Canaán, de donde vivía voluntariamente desterrado después de veinte años, para evitar contiendas con su hermano mayor, el implacable Esaú. Cuando de improviso, y no lejos de la amada patria, ve venir hacia sí muy bien armado á su fiero hermano, seguido de cuatrocientos soldados muy aguerridos. Sobresaltósele el corazón al ver al rencoroso rival, no ya porque presumió que tomaría una venganza tanto más rigurosa, cuanto más tardía, sino mucho más porque consideraba que necesariamente recaería también en sus esposas amadísimas é inocentes pequeñuelos. ¿Qué hizo el santo Patriarca? Dispone toda la gente á semejanza de escuadrón bien ordenado: en la primera fila, y como en la vanguardia, á las esclavas Bala y Zelfa con sus cuatro hijos; luego, en el centro, á Lía y los siete hijos que de ella el Señor le había dado; y en el paraje más seguro, y como en la retaguardia, á la hermosa Raquel, junto con el único vástago, el agradadísimo José.

Pregunto ahora. ¿A qué viene disponer la familia como en orden de batalla? ¿Pensaba, por ventura, venir á las manos y acometer al enemigo, ó que podría resistir el ímpetu del ejército de Esaú? Pero ¿qué resistencia podrían oponer unas flacas mujeres y delicados niños contra el golpe de fieros combatientes, cuya sola vista amedrentaba? Harto conocía Jacob que resistir era imposible; pero, en semejante aprieto y trance casi de muerte, quiso guardar cierto respeto y no exponer por igual las personas que no eran amadas igualmente. Conforme á este dictamen, á las esclavas, que tenían el último lugar en su estimación, manda recibir el primer encuentro y embestida. En mayor aprecio que á las esclavas tenía á Lía, y en razón de esto la señala puesto menos arriesgado. Pero más que á Lía amaba á su Raquel, y así la pone en el punto más resguardado del ejér-

C) por ejemplo de semejanza de Jacob. Narración compuesta.

1.ª parte ó exposición

por expectación.

distribución

2.ª gradación inferior.

3.ª parte ó averiguación de las causas;

(sustentación).

Quiso no arriesgar por igual lo que no amaba igualmente.

<sup>1</sup> Ep. 1.—<sup>2</sup> Gen., xxxii.

Confirmase por autoridad.

3.<sup>a</sup> parte ó aplicación patética

por condescendencia,

polisíndeton y gradación.

Conclusión de indignación

y ardiente celo.

Arg. 4.<sup>o</sup>

Exponis el alma á voluntarios peligros. Luego no la estimáis;

cito. Oíd al egregio comentador Oleastro: «Puso delante á las esclavas para que las menos amadas recibiesen primero la ira del hermano; con lo cual nos enseña que hay que aventurar lo menos por lo más»<sup>1</sup>.

Y si así es verdad, ¿qué diré, qué pensaré de vosotros, amadísimos hermanos, cuando considero que vuestra alma es la primera cosa que aventuraréis en lances forzosos que sobrevienen, y á quien toca en todos los reencuentros el lugar más expuesto, la frontera más reciamente combatida? El alma, la pobrecita alma es vuestra esclava, y como á tal le toca sin remedio recibir los golpes, á trueque de que se salve la honra, y prospere la hacienda, y no se pierdan las diversiones del mundo, y medren los hijos, y se dé gusto y se tenga contentos á la mujer, á los parientes, á los amigos, á los ídolos del corazón; que se salve todo, hasta los perros de caza y los caballos de montar, y que se hunda el alma. ¡Oh vanidad de vanidades! ¡Oh locura incomprendible! ¡Oh prodigio de maldad! ¡Oh monstruosidad y embrutecimiento del corazón del hombre! *Furore Domini plenus sum*, diré con Jeremías<sup>2</sup>. Estoy lleno del furor de Dios; y el celo de su gloria me inflama las entrañas, y el corazón me revienta en el pecho: *Furore Domini plenus sum*. No puedo resistir más. *Laboravi sustinens*; y así me es forzoso, como al Profeta, dar gritos de dolor y desahogar la pena que desgarró mi angustiado pecho; y henos aquí casi llegados al extremo tan deplorable que me propuse demostrar.

## V

Pero hay más: porque si bien es cierto que el patriarca Jacob aventuró la vida de sus esclavas, pero no las apreciaba tan poco que las expusiera de propia voluntad, y á peligros buscados de propósito, sino á los forzosos é in-

<sup>1</sup> Posuit ancillas in principio, ut scilicet iram fratris minus dilectae acciperent prius; quo docuit minus dilecta pro conservatione eorum, quae magis diliguntur, esse periculis objectanda. In cap. 33 Gen.

<sup>2</sup> Jer., VI, 11.

esperados; comoquiera que no salió Jacob al encuentro de Esaú, mas Esaú al encuentro de Jacob, por donde el trance era de todo punto inevitable. Mas vosotros tratáis á vuestra alma peor que á esclava; porque no sólo la exponéis á los encuentros que no es posible excusar en esta vida, pero la lanzáis al campo á desafiar los peligros; y, como deseosos de su daño y perdición, la arrojáis donde el hablar es más obscuro, el mirar menos recatado, el trato más libre y licencioso; donde los demonios, digámoslo así, y combaten al alma por manera encubierta, por celadas y asechanzas, mas en guerra franca y con espadas desenvainadas hieren á diestro y siniestro y matan á los miserables hombres. ¿Y eso es cuidar del alma y de su eterna salvación?

por la contraria conducta de Jacob;

por inducción y experiencia.

Luego.

## VI

Arg. 5.<sup>o</sup>

¡Pobre madre del joven Tobias! Háblalo ella confiado á un ángel, si bien en la exterior apariencia no lo estimó sino por hombre de rara bondad y prudencia señalada. Y á pesar de ello, por el cariño que tenía á su Tobias, luego se arrepintió con el miedo de algún suceso desastroso en el camino. En tanto extremo, que lloraba noche y día con llanto inconsolable: *Flebat irremediabilibus lacrymis*<sup>1</sup>. Suspiraba, gemía, lloraba la desconsolada madre, y amargamente le decía, como si oíra pudiese: Hijo mío, hijo mío, ¿por qué te mandamos á lejanas tierras? ¡Oh lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, y esperanza de nuestra familia y descendencia! *Heu, heu me! fili mi, ¿ut quid te misimus peregrinari? Lumen oculorum nostrorum, baculum senectutis nostrae, solatium vitae nostrae, spem posteritatis nostrae*. Y añadia estas bellísimas palabras: porque teniendo cifradas en ti todas las cosas, no debíamos alejarte de nuestro lado. *Omnia in te uno habentes, non te debuimus dimittere a nobis*<sup>2</sup>. Mal hicimos, hijo mío, en arriesgar así tu salud y vida, de la cual estaba colgada la nuestra y todo nuestro bien; mal

Ni á un ángel de literalis har vuestra alma; y la ponéis en manos del demonio. Luego no la apreciáis.

Transición ex abrupto y afectuosa al ejemplo de la madre de Tobias.

Narración sencilla y afectos de entrañable dolor, por incremento y asíndeton, por sentida prosopopeya

de cariño maternal.

Y profundo arrepentimiento.

<sup>1</sup> Tob., x, 4. — <sup>2</sup> Tob., x, 5.

hicimos, y me duele entrañablemente de haberte enviado lejos de casa entre tantas contingencias. ¿Cómo te pusimos en ajenas manos? ¿Cómo te encomendamos á gente extraña? Bien hemos mostrado que no entendíamos que sin ti nada tenemos en el mundo y contigo todas las cosas. *Omnia in te uno habentes, non te debuimus dimittere a nobis.*

Crece el pesar en casa

Con este quebranto lloraba la pobre madre á todas horas, sin que fuesen poderosas á consolarla las palabras de su anciano esposo, el cual, para esforzarla, le decía que se sosesgase, que era de toda confianza el compañero de su amado hijo, que se fiase y descansase tranquila en su fidelidad. *Tace, et noli turbari; satis fidelis est vir ille, cum quo misimus eum*<sup>1</sup>.

y fuera de casa:

No eran, digo, parte á calmar su inquietud: *Nulla modo consolari poterat.* Y así, salía de casa todos los días, y como fuera de sí, cercaba todas las sendas, recorría todos los caminos, llamaba á todas las puertas por donde podía recobrar á su hijo, y subiendo otras veces á alguna colina ó altozano, parábase y miraba con ansiedad á todas partes, deseosa de exclamar á cada instante: ya está aquí, allí le veo. *Ut procul videret eum, si fieri posset, venientem.* Y como no le viesse, renovaba el llanto, esforzaba los sollozos, y al trasponer el sol volvía á su casa pesarosa y desconsolada. ¡Pobrecito, se decía: ahora estará mi hijo en algún paso peligroso; tal vez, sumido en algún despeñadero, invoca vanamente el nombre de su madre; tal vez alguna fiera está despedazando sus miembros, y él me llama homicida y cruel...!

lactimera hipotiposis.

Amados hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, tal había de ser el celo por nuestra alma, que ni á un ángel fuera bien que la encomendáramos, á no conocerle claramente, y después de averiguar con cuidado si tras los pliegues de su espléndido ropaje se encubría algún embuste. Así nos lo aconseja el bienaventurado San Juan en negocio de tanta monta. *Nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus si ex Deo sunt*<sup>2</sup>. No os fiéis de todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios. Ahora bien, ¿qué diremos de tantos cristianos que ponen sus almas en manos del de-

Transición y demostración,

por autoridad:

<sup>2</sup>o miembro del Asteo. ¿y ponéis vuestra alma en manos del demonio?

<sup>1</sup> Tob., v, 6.—<sup>2</sup> I Joann., iv, 1.

monio, y al demonio escogen por guía y compañero durante su peregrinación sobre la tierra, dejándose por él llevar á ciegas por entre horrendos precipicios y derrumbaderos espantosos, es decir, á banquetes y fiestas mundanales, á visitas peligrosas, á danzas y saraos, á tertulias y reuniones perversas, revolcaderos de torpísimas pasiones y despeñaderos del infierno? ¿Y esto es amar el alma, mirar por el alma, estimar el alma como el mayor y más rico tesoro del mundo? ¡Ah! Si tanto la estimaran, jamás la dejarían en tan malditas manos, llevados de no sé qué linaje de locura y desesperación.

Más todavía: ni aun de los hombres se fiarían tan ciegamente; ni aun á los hombres, torno á decir, la encomendarían sin mucha ponderación y acuerdo.—*Nolite omni spiritui credere.*—No os fiéis de todo espíritu. Pues, ¿qué harían? ¿Sabéis qué? En caso de arrimarse á algún amigo ó compañero, mirarían antes si es virtuoso ó alejado de los vicios; al asentar con un amo, atenderían si es honrado y favorecedor de la virtud; entre los confesores escogerían el más docto, entre los teólogos el más piadoso, entre los consejeros el más franco y desinteresado, y así en las otras cosas procurarían lo más que pudieran asegurar el negocio de su alma. Mas, ¡ay de mí!, que muchos obran precisamente al revés, y, si me es lícito valerme de la expresión de Jeremías: Ponen sus almas en manos de los enemigos de ella<sup>1</sup>. Porque los tales, no sólo gustan de los amigos más desenvueltos y de los amos más licenciosos, sino que, al querer concertar su conciencia con algún confesor, buscan uno que les lisonjee sus flaquezas y pase de corrida por sus culpas; si han de consultar con un teólogo, saben hallar al más libre en doctrinas y costumbres; y si han de tomar consejo, no paran hasta dar con una persona de su gusto que siga la corriente de sus apetitos. Y siempre, ¡oh desvario increíble!, siempre entregan su alma en manos de sus enemigos. Y éstos ¿quieren salvar sus almas? ¡Ay infeliz de mí!, que antes esto parece frenesí y ansia furiosa de condenarse á todo trance, pues corrompen y true-

por inducción y enumeración rítmica.

Consecuencia por amarga conversión.

Confirmación

Ni de los hombres la habían de fiar;

por autoridad

y distribución sencilla.

¿Y la entregáis á un cualquiera?

por autoridad,

por distribución

conduplicación.

Conclusión

<sup>1</sup> Dedi dilectam meam in manu inimicorum ejus. Jer., xvi, 7.

por antes<sup>a</sup> y

autoridad.

Luego no estimas más vuestras almas.

Transición á la

PERORACIÓN de compasión profunda y fervorosa de las almas.

Explicación del miserable descuido del alma propia y ayes de dolor.

a) por el cielo que se pierde.

b) por el infierno que se acerca

eternidad: sentido apóstrofe.

can las ayudas de salvación en medios de perdición, los socorros en daño, la triaca en ponzoña pestilencial. Lamentase Salomón en los Proverbios de la ceguera y locura de algunos hombres que ellos mismos se tejen lazos y echan redes á su propia alma: *Moluntur fraudes contra animas suas*<sup>1</sup>. Y ¿quién son éstos, quién son, oyentes míos, sino los de que vamos hablando, los cuales se afanan por enredar sus almas y engañarse miserablemente, y persuádense que pueden vivir tranquilos en conciencia, por el dicho y parecer de hombres sin conciencia? ¡Oh hombres desaconsejados! Si ellos estiman en poco su alma, ¿cómo estimarán la vuestra?... Pero ¡ah! que esto es cabalmente lo que vosotros pretendéis: poner vuestra alma en manos flojas y descuidadas, dejarla peligrar, dejar que se pierda, que se condene por una eternidad de Dios.

¡Oh crueles homicidas de vuestra alma y enemigos de vuestro bien! ¡Oh desventurado de mí! ¿Quién diera á mis ojos fuentes de lágrimas para lamentar tanta ceguera en los hijos de Adán? Ahora es tiempo de que se arrasen en llanto mis mejillas, y de que el rostro todo, como el santo Job, se hinche y entumezca de llorar: *Facies mea intumescat á fletu*<sup>2</sup>. Ahora es tiempo de que se derritan mis párpados en torrentes de amargura, como el profeta Jeremías: *Deducant oculi nostri lacrymas et palpebrae nostrae defluant aquis*<sup>3</sup>. Decídmelo, hermanos míos: ¿No es justo, justísimo, tan grande sentimiento de dolor? Porque ¿habéis ponderado alguna vez qué quiere decir ser bienaventurado eternamente ó ser eternamente condenado? ¿Qué significa una eternidad de gozo y ventura, ó una eternidad de rabia y crujiir de dientes? ¿Qué vale un paraíso donde eternamente se canta, ó un infierno donde eternamente se llora y desespera? Decídmelo, cristianos: ¿jamás os ha aterrado tan profundo pensamiento? Si así es, que nunca habéis pensado de veras en esa pavorosa eternidad, id, id, os diré con Isaías profeta, id y retiraos ahora mismo en un rincón ó apartado de vuestra casa: *Vade, populus meus, intra in cubricula tua, et claude ostia super te*<sup>4</sup>, y allí, cerradas las puertas

<sup>1</sup> Prov., 1, 18.—<sup>2</sup> Job, xvi, 17.—<sup>3</sup> Job, ix, 18.—<sup>4</sup> Isai., xxvi, 20.

y recogidos los sentidos, pensad, os ruego, y enclavad en vuestro corazón esta verdad; pensad no vidas ajenas, sino el paradero de la vuestra: *Claude ostia tua super te*; y después tornad aquí, que de seguro saldréis de vuestro encerramiento tan otros, que no os vendrán ganas de reir ni hablar con hombres, según estaréis de absortos y espantados.

Y si me decís que lo tenéis pensado una y otra vez, como yo creo, ¿qué descuido cabe imaginar más digno de llorar-se con lágrimas de sangre, que no sentir congoja ni pasar pena por ello, antes bien aventurar el alma por nonadas de este mundo? ¿No reparáis acaso que aquí se trata única y exclusivamente de vuestro bien, se trata de vuestra salvación ó condenación, se trata de un negocio cuyo desempeño corre todo por vuestra cuenta? Y si os condenáis y caéis en los infiernos, ¡oh, no lo permita su divina Majestad!, pero si os condenáis y caéis en los infiernos, ¿quién habrá tan bueno ó poderoso que os saque de aquellos horrores perdurables? Absalón, desterrado de su patria, tuvo un amigo suyo y gran privado de David, que negoció, no sin graves dificultades, la vuelta<sup>1</sup>. José, encerrado en obscura mazmorra, tuvo por suerte al copero de Faraón, por cuya intercesión logró, si bien tras largo olvido, la deseada libertad<sup>2</sup>. Jeremías, arrojado por sus perseguidores en una cisterna profundísima con propósito de dejarle morir de hambre y frío, de inmundicia y mal olor, tuvo un Abdemelech, el cual, movido á lástima, le dió una cuerda y, asíéndose de ella, salió el desgraciado<sup>3</sup>.

Mas á vosotros, si os condenáis, ¿quién os socorrerá? ¿Quién os ayudará á salir de las profundidades del vientre infernal? ¿Qué cuerda se hallará que desde el cielo llegue á aquella hondísima caverna y abismo sin suelo? ¿Cuyo brazo os sostendrá? ¿Cuál fuerza os levantará? Sentencia es del Espíritu Santo por Job, y antes faltarán el cielo y la tierra que falte su verdad: *Qui descenderit ad inferos, non ascendet, nec revertetur ultra in domum suam*<sup>4</sup>. Quien bajare

c) porque si vosotros no la cuidáis, nadie la cuidará.

d) porque si os condenáis, nadie os sacará del infierno;

por comparación a contrario.—Absalón. José, Jeremías, tuvieron quien los ayudase;

á vosotros ¿quién os sacará del infierno?

por autoridad divina.

<sup>2</sup> Reg., xiv.—<sup>3</sup> Gen., xli.—<sup>4</sup> Jer., xxxviii.

<sup>1</sup> De altitudine ventris inferi. E. cl., li.—<sup>2</sup> Job, vii, 9.



á los infiernos, no subirá, ni volverá más á su casa. No, quien cae, no se levanta jamás; y quien baja, no torna á subir por los siglos de los siglos. *Qui descendit non ascendet.* Y vosotros, ¿no hacéis caso de juicio tan espantable? Hijo mío, hijo mío, os diré á cada uno con el Eclesiástico, ten misericordia de tu alma, y dale la reverencia correspondiente á su valor y dignidad: *Pili, serva animam tuam, et da illi honorem secundum meritum suum* <sup>1</sup>.

deprecación.

e) porque yo no busco mi interés.

sino que os améis á vosotros mismos.

Licencia y

obsecración;

f) por la estima que de ella hace el demonio.

Si pretendiera yo, predicándoos hoy con tanto peso de autoridades y razones, alguna cosa concerniente á mi interés, como sería, por ejemplo, que concurrieseis muchos á mis sermones, que me aplaudieseis, que me alabaseis, que recompensaseis mis fatigas y sudores con justo y merecido galardón, podríais realmente tenerme por sospechoso y negar á mis palabras el crédito que demando. Pero yo, ni quiero ni pretendo mover vuestros corazones á otra cosa que al cuidado de vuestras almas, ó, por lo menos, á misericordia y compasión de vosotros mismos. *Miserere animae tuae.* ¿Qué me puedo prometer de vosotros, si esto no consigo? ¿Qué alcanzaré, si esto no alcanzo? ¿Qué os persuadirá, infeliz de mí, si esto no os persuade?—No hay en la superficie de la tierra gente más dura que vosotros, así os quiero avergonzar con las palabras de Salviano, ni más fiera que vosotros, ni más impía y desalmada que vosotros, pues no puedo recabar que os améis á vosotros mismos <sup>2</sup>. Que no améis á vuestro rival, lo comprendo; que no améis á vuestros enemigos, me lo explico; pero que no améis á vosotros mismos, ¿quién lo sufrirá? ¿Quién, pregunta el Sabio, justificará al que peca contra su alma? *Peccantem in animam suam, quis justificabit?* <sup>3</sup>

Pero si estas razones no os mueven á estimar vuestras almas, muévaos, como al principio dije, la estima que de ellas hace el demonio, el ver cómo se fatiga y se desasosiega para arrebatároslas, y qué trazas inventa y qué ardidés

<sup>1</sup> Eccli., x, 31.<sup>2</sup> Nihil plane durius dici potest. nihil tam ferum, nihil tam impium, a quibus impetrari non potest ut vosmetipsos ametis. (Lib. III, ad Eccl.)<sup>3</sup> Eccli., x, 32.

forja cada instante para engañaros y enloqueceros y asegurar de día en día la posesión de ellas. Él es, él es quien tan lastimosamente os ciega y persuade que antepongáis los negocios de la tierra al negocio del cielo, los bienes temporales y de humo á los macizos y eternos. Pues ¿qué locura no será—exclama Salviano—tener por de vilísimo precio vuestras almas, que el diablo mismo tiene por muy preciosas y estimables? <sup>1</sup>

visto lo que hace

Si el demonio fuera señor del mundo, el mundo todo os lo que promete. daría gustosísimo en trueque de vuestra alma, conforme á aquel dicho: *Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me* <sup>2</sup>. Todo esto te daré si postrado me adorares. Y vosotros ¿se la venderéis por nada? ¿Por un deleite momentáneo, por una hermosura pasajera, por un mezquino interés correréis á precipitaros como incautos corderillos en la boca del lobo infernal? Jamás hagáis tal injuria y deshonra á vuestra alma: *Ne adducas animae tuae inhonorationem* <sup>3</sup>; mas, entrando ya en vosotros mismos, pesad las cosas con la balanza de Dios, no con el peso del engañado mundo, y, como dice Moisés en el Deuteronomio: Guardad con vigilante cuidado vuestras almas: *Custodite sollicite animas vestras* <sup>4</sup>.

Epilogo de verdad y de desengaño.

## PARTE SEGUNDA

DIFICULTAD DE SALVARSE ALMA.

## VIII

No os negaré, hermanos muy amados, que este descuido y flojedad de los hombres en el negocio de sus almas sería hasta cierto punto perdonable, si fuera el salvarse muy llano y hacedero. Pero ¿es así, pregunto? ¿Es, por ventura, facilísimo el salvarse? ¡Oh afortunados de vosotros, si tal pensáis!, ó, mejor dicho, ¡desventurados y dignos de toda lástima, pues tan enorme engaño padecéis! No, no sola—<sup>a</sup>) Pruébase por

Transición por concisión y

<sup>1</sup> Quis furor est, quis furor viles a vobis animas vestras haberi, quas etiam diabolus putat esse pretiosas? (In lib. IV Eccl.)<sup>2</sup> Matth., IV, 9.—<sup>3</sup> Eccli., I, 38.—<sup>4</sup> Deut., IV, 15.

ejemplos de los mayores santos: mente no es fácil la consecución de la salud eterna, pero tan ardua, tan dificultosa y llena de incertidumbres, que á los mayores santos, después de inmensas fatigas é inauditas diligencias, tenía en grande congoja este temor de los juicios insondables de aquella Majestad altísima, que espanta á los mismos cortesanos que la cercan. *Terribilis super omnes qui in circuitu ejus sunt* <sup>1</sup>. ¡Oh desconsolado San Jerónimo! ¡Qué no hizo el Santo para engendrar en su alma alguna confianza de salvarse! Huyó á la espesura de las selvas, sepultóse en vida en cavernosas grutas, golpeaba sus pechos con duras piedras, hizo continua guerra á todos sus sentidos y pasiones, y al terminar la carrera de la vida, ¿qué sentía? ¿qué decía? — Yo, miserable de mí, cargado de pecados, aguardo día y noche con temblor el momento terrible en que he de dar cuenta hasta del último maravedí, hasta del pensamiento más oculto <sup>2</sup>. San Gregorio, ¡qué gemidos no lanzaba desde la alteza del solio pontificio, sembrado para él de punzantes espinas! <sup>3</sup> El glorioso Bernardo, ¡qué suspiros de dolor, qué bramidos no arrojaba de su quebrantado corazón en las asperezas del monte Claravall! <sup>4</sup> Un Agustín, temblando de pies á cabeza, hondamente repetía: ¡Temo el fuego eterno, temo el fuego eterno! *Ignem aeternum timeo* <sup>5</sup>, sin que fuera parte su abrasado amor de Dios á sosegar las congojas é incertidumbres de su espíritu.

Mas ¿por qué me ciño á estos ilustres confesores? Venid, venid conmigo, y penetremos hasta la espantosa Cueva de los solitarios, la cual, por el rigor de sus moradores, era llamada la Cárcel de los penitentes, y pudiera mejor decirse el infierno de los convertidos. Allí sí que se trabajaba de veras en aplacar la ira del Señor. Estaban unos de pie haciendo oración toda la noche al descubierto, otros hincados de rodillas, aquéllos encorvados profundamente, los más atadas las manos á las espaldas en ademán de reos, y todos

<sup>1</sup> Ps., LXXXVIII, 8.

<sup>2</sup> Ego peccatorum sordibus inquinatus, diebus ac noctibus opprimer cum timore, reddere novissimum quadranten. (Epist. 5).

<sup>3</sup> Lib. XIX. Mor., c. 9.

<sup>4</sup> L. VI, de inter. dom.—<sup>5</sup> In ps. LXXX.

clavados siempre los ojos en tierra, sin osar alzarlos de pura reverencia. Otros yacían sentados en el duro suelo, descalzos, amarillos, cubiertos de ceniza, desgñados los cabellos y escondida la cara entre las rodillas. Llanto de unigénito hacían sobre sus almas, duelo verdaderamente amargo: *Luctum unigeniti faciebant sibi, planctum amarum* <sup>1</sup>. Como si dijera: Como suelen llorar las madres sobre el cadáver del hijo único muy amado, con estos lamentos y alaridos lloraban ellos sobre sus almas. Unos se golpeaban el pecho, otros se mesaban las barbas, y otros, con mirar sus carnes destrozadas á poder de malos tratamientos y asperezas y casi empodrecidas, parecían con esta vista cobrar algún alivio y consolación. ¿Allí un donaire? ¿allí burlas? ¿allí vanos pasatiempos? ¡Piedad, Señor, clemencia, perdón, misericordia, compasión! Tales eran las voces que por aquellas cavernas resonaban; aunque, hablando mejor, nada de esto se oía, porque los sollozos entrañables, los gritos de dolor, los ayes de compunción eran tan vehementes, que sólo estos sonidos se percibían en aquella horrorosa soledad.

Aquí de los ayunos prolongados, aquí del dormir breve é interrumpido, aquí un no acordarse de los regalos y del propio cuerpo sino para atormentarlo. Vieraís algunos, fatigados de la sed y secas las fauces, respirar pensosamente y sacar como perros la lengua enjuta y abrasada. Vieraís á otros, desnudos en el rigor del invierno, sufrir toda la noche la crudeza del destemplado ambiente. Vieraís á éstos revolcarse en la nieve, á aquéllos arrastrarse por cardos y rastrojos, y á otros, que no se animaban á tanto, pedir á sus superiores que los sujetasen con grillos y esposas en una como mazmorra, no un día, no dos, sino por todos los de su vida, hasta que, muriendo, fuesen llevados á la sepultura. ¿Qué hablo de sepultura ni de entierro? Muchos rogaban con ahinco que no usasen con ellos de este linaje de honra y piedad; antes bien, que su cadáver, caliente todavía, fuese lanzado á los perros ó abandonado á los cuervos y carnívoros buitres. Y no raras veces se le cumplía este deseo,

<sup>1</sup> Jer., VI, 26.

y horrible hipostasia y

semejanza:

lastimera prosopopeya.

Visión y distribución patética:

corrección y

extremo de penitencia.

<sup>b</sup> Por la espantosa vida de los solitarios.

Descripción

para su mayor confusión, y los arrojaban allí sin pompa, sin luto, sin cánticos ni funerales.

Y ¿quién no creyera, hermanos míos, que con vida tan santa, tan austera y rigurosa, experimentarían cuando menos el consuelo de sentir alguna certidumbre de su eterna salvación, y si ésta no, grandes conjeturas y más probabilidades que temores, más esperanzas que congojas? Pues oíd y espantaos, que á mí sólo el recordarlo me llena de horror. Tan lejos estaban aquellos verdaderos penitentes de asegurarse por ella, que en acercándose á alguno de ellos la hora postrera, y tendido en la ceniza, que era el lecho que escogían para morir, iban todos y le rodeaban, y con lágrimas en los ojos y grandes congojas en el corazón y turbación en la lengua le preguntaban <sup>1</sup>: Hermano, hermano,

¿qué sientes de tí? ¿qué dices? ¿qué temes? ¿qué esperas? *Quid est frater? quonam modo tecum agitur? quid dicis? quid speras? quid suspicaris?* ¿Has conseguido, finalmente, la salvación que procuraste con tantas lágrimas, ó, por ventura, temes todavía? <sup>2</sup> Dinos, ¿qué te aguarda? ¿reino eterno, ó eterna esclavitud; cetro ó cadenas; paraíso ó infierno?

¿Qué te dice el corazón? ¿Oyes aquellas dulcísimas palabras: *Remittuntur tibi peccata tua* <sup>3</sup>, perdonados te son tus pecados; ó acaso la formidable voz de: Atadlo de pies y manos y arrojado á las tinieblas exteriores: *Ligatis manibus et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores?* <sup>4</sup>

¿Qué dices, hermano, qué dices? Descúbrenos algo de lo que pasa por tí, á fin de rastrear cuál será nuestra suerte en la hora de la partida.—A tales preguntas ¿qué pensáis que respondía el infeliz moribundo? Verdad es que algunos, alzando los ojos al cielo, bendecían al Señor y decían: *Benedictus Deus, qui non dedit nos in captivum dentibus eorum* <sup>5</sup>. Bendito sea Dios, que no me entregó á las garras de mis enemigos.—Mas, ¡ay! ¡cuántos respondían con un *tal vez*, entre olas de temor ó incertidumbre! Tal vez, decían, pasó nuestra alma el agua intolerable: *Forsitan pertransiit anima nostra aquam intole-*

c) Por su muerte aún más espantosa.

incertidumbre de aquella hora.

sustentación y dialogismo.

interrogaciones de congoja y ansiedad.

respuestas de esperanzas

de incertidumbre.

<sup>1</sup> Circumstant illum aestuantes et lugentes, ac desiderio pleni.

<sup>2</sup> Percepisti ne ex labore tuo quod quaerebas, an non valuisti?

<sup>3</sup> Luc., v, 20.—<sup>4</sup> Math., xxii, 13.—<sup>5</sup> Ps., cxxiii, 6.

*rabilem* <sup>1</sup>, como si más abiertamente dijeran: Esperamos que si hemos pasado de la gracia del Señor, esperamos que si pero el río es caudaloso, la corriente brava, y las aguas cenagosas; aún podemos anegarnos.—Y lo que pone más espanto es que no faltaban quienes, rompiendo en lastimeros gemidos, ¡ay!, ¡ay!, exclamaban, y luego enmudecían: hasta que, rogados que declarasen la causa de su profundo penar, ¡ay!, repetían, ¡ay del alma que no guardó entera é inmaculada su santa profesión! *Vae, vae, animae illi, quae non servavit professionem suam integram et immaculatam!* Desdichada de ella, y sobre toda desventura desventurada: ¡ay! ¡qué congojas sentirá en el trance postrero, cuando burrente lo que le está aparejado! *Hac enim hora sciet quid illi praeparatum sit.*

Ya sé, católicos, que á muchos parece lo dicho inverosímil y aun fabuloso, porque desearían que así fuese; pero no hay que engañarse, ello es así y no cabe razonable duda. Refiérelo punto por punto quien lo vió con sus mismos ojos y oyó con sus oídos, el glorioso y celeberrimo San Juan Climaco, y lo dió á la pública luz del mundo al tiempo que pasaba, cuando cualquiera podía tacharle de falsario ó encarecedor, si hubiese forjado el cuento de su cabeza, ó alterado en algo la verdad <sup>2</sup>.

## IX

PROROCACIÓN

Mas si es cierto, como lo es, pregunto yo: ¿por qué solamente nosotros estimamos por tan fácil y segura la salvación eterna, que no nos da el menor cuidado, ni nos apura más que si fuera negocio concluído? ¿De dónde, hermanos míos, os diré amargamente, con San Bernardo, de dónde proviene esta ceguera y fingimiento? ¿De dónde esta mortal tibieza? ¿De dónde esta maldita seguridad? *¿Unde nobis ista dissimulatio est, fratres mei?* ¿Unde haec tam pernicioza tepiditas? *¿Unde haec securitas maledicta?* <sup>3</sup> ¡Ah cristianos, yo

por imagen.

por prosopopeya

y amarga coanimación.

Confirmase la verdad del triste relato.

Luego, haid del mundo y intrad por vuestra alma. Transición por comunicación.

ceguera de los hombres.

<sup>1</sup> Ps., v.—<sup>2</sup> Scala spir. Grad. 5.

<sup>3</sup> Serm. in Job, 19.

no hallo otra causa sino suma distracción, liviandad de espíritu é inconsideración profunda que nos ciega y no nos permite siquiera ver los precipicios que tenemos á los ojos, como está escrito: El camino de los malos es tenebroso, ni aun saben adónde se precipitan: *Via impiorum tenebrosa; nesciunt ubi corruant*<sup>1</sup>.

Pues ¿qué hay que hacer? ¿Qué partido tomaremos?— ¿Y á mí me lo preguntáis? Preguntadlo á otros, que yo no acierto á daros mejor consejo que el que yo mismo para mí tomé. Si queréis seguir mi dictamen y salvaros, huid os digo, huid del mundo y volvedle las espaldas; y si, como á Lot, os es posible todavía escapar de Sodoma y de las ciudades nefandas, daos prisa, no tardéis, que no pueden los inocentes vivir inocentes mucho tiempo en la compañía y junta de los pecadores. Pero si no tenéis aliento ó libertad para tanto, ¿por qué no abatis esa altanería en el trato? ¿por qué no cercenáis ese lujo y ambición desmesurada? ¿por qué no enfrenáis esas concupiscencias y bestiales apetitos? Y si esto no hacéis, ¿qué os he de responder? ¿Que deseáis de veras la salvación de vuestras almas? No, no la deseáis, lo digo en voz alta, aunque sé que todos me entendéis, si bien no á todos agradan mis leales amonestaciones.

Pero ¿qué más puedo hacer? Si no queréis escucharme, me volveré á hablar á esos altares, á esos mármoles y á esas piedras, para que el día del Juicio final me sean testigos en el acatamiento de la divina Majestad, de cómo no he faltado á mi obligación de predicaros con verdad y entereza. Mas no he menester tales testigos; aquí está real y verdaderamente el verdadero Juez de vivos y muertos: Él me escucha, Él me juzgará. Vos sabéis, Dios mío, cuán de corazón deseo la salvación de este cristiano pueblo, de este noble pueblo, que es todo vuestro. Dichoso yo, si pudiera dar por él mi corazón, mi vida y toda mi sangre, pues Vos la derramasteis toda por mi amor. Pero, ya que no me es dada tanta dicha, os prometo, Señor, decirles siempre la verdad de vuestro Evangelio. Haced Vos que la reciban ellos con aquel afecto con que yo se la predico. Yo heriré

<sup>1</sup> Prov., iv, 19.

con mis palabras el oído, herid Vos el corazón; yo alumbraré el entendimiento, inflamad Vos la voluntad. Vos sólo podéis, con amorosa fuerza, atraer á vuestro dulcísimo Corazón á los descarrilados y alejados de Vos. ¿Qué otra cosa puedo hacer yo sino iluminarlos en las tinieblas de este siglo, como el faro guía á los perdidos navegantes en la obscuridad de la noche? De Vos ha de venir el suave viento de la divina inspiración, que los lleve con prosperidad al puerto de la eterna bienaventuranza.



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO SÉPTIMO

Imaginación brillante, raciocinio sólido, y más que todo un celo ardorosísimo de la salvación de las almas, son las dotes que luce el orador en este discurso, uno, sin duda, de los más acabados y perfectos. Es tal su fuerza para trocar los ánimos, que es imposible leerlo sin lágrimas, ni menos oírlo á un buen declamador, sin determinarse á huir del mundo ó á mudar de vida. En esto consiste el don de la palabra, éste es el arte de las artes realzado soberanamente, y como divinizado por la religión de Jesucristo. «Predicar—decía el Beato Maestro Avila—no es estar razonando allí una hora de Dios, sino que venga el otro hecho un demonio y salga hecho un ángel: en esto está el talento de predicar». Y ¿cómo alcanza esto nuestro SÉNËRI? Con un artificio no nada oculto á quien conoce la naturaleza del corazón del hombre, el cual más se mueve por el temor de perder lo que posee, que por el deseo de lograr bienes futuros, mayormente si éstos son espirituales y no ciertos.

**Invencción.** Es fecunda en extremo, por la amplitud de la proposición y universalidad de los argumentos: es interesante, porque no trata de la hacienda, de la salud, de la prosperidad, de la patria, de una virtud cualquiera, sino de cuestiones más vitales y personalísimas, de salvar ó perder la propia alma para siempre: es sólida, porque no hay sofisterías ni vanos encarecimientos, sino razones macizas que atan de pies y manos. Supone en los oyentes una convicción profunda de la existencia del alma, de su espiritualidad é inmortalidad, de los castigos eternos y del eterno galardón. Hablando á un pueblo que no cree, ó cree con tibieza, es imposible ser elocuente; porque se gastan todos los nervios del orador en asentir los argumentos de las pruebas, labor árida que agosta la imaginación y enfría el entusiasmo, sin los cuales el discurso oratorio más parece lucubración de cátedra que peroración de púlpito. Así se comprende que apenas haya predicadores en Inglaterra y Alemania, y que abunden en los países católicos, y en éstos

donde más viva está la fe, sobre la cual se levanta victoriosa la elocuencia cristiana, ya aterrando, ya esforzando, ya enfrenando las pasiones, ya moviéndolas á los triunfos del espíritu. Si vacilan las creencias, ¿qué le queda al predicador sino el frío papel de maestro ó disertante?

**Disposición.** La proposición oculta es la siguiente: *Habéis de mirar por vuestra alma* (Primera parte), porque el demonio os la quiere arrebatar, porque es única, etc.; y *esto con gran empeño y tesón*, porque es negocio muy arduo (Segunda parte). La explícita es así: *No hacéis caso de vuestra alma* (Primera parte), *como si fuese muy fácil el negocio de la salvación* (Segunda parte). Va mucho en la manera de proponer. Véase cuánto gana el razonamiento trasladando el orador la cuestión del género deliberativo, que sería: *Habéis de trabajar mucho por la salvación del alma*, al género casi judicial y al estado que llaman conjetural, en esta forma: *¿Es verdad que tenéis cuidado de vuestras almas? No lo tenéis, con ser la salvación tan difícil, y negocio en que os va la eternidad.* Aquí ya se presentan adversarios que resisten; de la resistencia nace la lucha, de la lucha la argumentación vigorosa y la moción de afectos encontrados, y de aquí el triunfo del orador.

**Elocución.** Preñado de afectos este discurso, mal cuadraría en él cualquier vislumbre de hinchazón, ó de rebuscada elegancia en el estilo. El sentimiento que aquí domina es el celo; pero no un celo indignado é impetuoso, sino compasivo, entrañable, amorosísimo, que desearía meter en el corazón á los que le escuchan, y que daría mil vidas por que ninguno de ellos se condenase; y el celo blando y el dolor intenso no admiten otras galas ni atavíos que las lágrimas y los sollozos.

**Pronunciación.** No podemos estudiarla en SÉNËRI los que no vimos aquel *rostro* penitente, pero amable, aquel *ademán* grave y apostólico, ni oímos aquella *voz* vibrante y persuasiva; pero nos es lícito conjeturar cuál sería la declamación de este discurso, donde no hay palabra que no brote de un pecho enamorado de Dios y consumido del celo de las almas. De ese volcán salían, como bulliente lava, las expresiones de fuego, las cuales, encarnándose y tomando cuerpo en una voz robusta y flexible, en un semblante encendido, en un accionado noble, ora rápido, ora lento y desmayado, herían fuertemente los sentidos de los oyentes y traspasaban á sus almas los sentimientos del predicador. *Naturaleza, arte y ejercicio* bastan al orador profano para conseguir su intento; mas el orador sagrado ha menester una cuarta condición para *declamar* con fruto, la *santidad*. Sin ella, la declamación ó sale hueca y teatral, ó lánguida y so-

ñolienta, pudiéndose decir de los que así predicán del amor de Cristo, ó de las verdades eternas, lo que Cicerón dijo á Calidio, que, acusando á Gallo, contaba con gran frescura un envenenamiento: *Por ventura, si estas cosas fuesen verdaderas, ¿las dirías tú de esta manera? An ista, si vera essent, sic a te dicerentur?*<sup>1</sup>.

¿A qué vienen dos peroraciones en un mismo discurso, pudiendo concentrar todo el calor y vehemencia para una sola, y con más éxito?—Respondo que las dos peroraciones tienen fin distinto, y se valen de artificio diferente. La primera y principal, con que cierra la primera parte, se dirige á mover el afecto de *comiseración* de la propia alma y á persuadir *en general* el cuidado de la salvación. La segunda, que remata el discurso, mira á la *práctica* y propone y persuade los medios *particulares* para ello, como son huir del mundo, etc. A fin de preparar este efecto, trae la narración pavorosa de San Juan Climaco; y, á propósito de ella, rogamos al candidato de la elocuencia cristiana que lea el original del Santo en el cap. v de la *Escala espiritual*, traducida por el venerable Fray Luis de Granada, y, cotejándola con la de SENECA, estudie las diferencias que distinguen la narración histórica de la oratoria. Por esta comparación echará de ver la destreza con que escoge el orador las circunstancias que le convienen y omite las que podrían perjudicarle, cómo deja las transiciones, acorta las repeticiones, compendia los monólogos, y pasa por alto que allí se trata de grandes pecadores. No obstante el cuidado del orador en conservar el acento lúgubre y el colorido horroroso del original, hay que confesar que éste produce una impresión más honda y duradera, ya por ser más circunstanciada, ya, sobre todo, porque desde luego aparece más creíble, oída de los labios mismos del sapientísimo San Juan.

<sup>1</sup> Cic. in fragm. Orat. pro Q. Gal.



## DISCURSO OCTAVO

### RESPETOS HUMANOS

Et ecce mulier Chananea a finibus illis egressa, clamavit, dicens ei: Misereere mei, Domine, Fili David.

Quando he aquí que una mujer cananea salió diciendo á veces: Señor hijo de David, ten misericordia de mí.

(MATT., XV, 22.)

### EXORDIO

#### I

CUENTAN las historias profanas, y permitidme este recuerdo tal vez ajeno de la cátedra del Espíritu Santo, en gracia de su oportunidad, que Milón de Crotona, hombre fornido y de los más celebrados por la robustez hercúlea de su cuerpo, usaba, para ostentación de su fuerza extraordinaria, de muchas y maravillosas pruebas. Entre otras, tomaba en el puño una manzana y apostaba con todo el mundo á que se la arrancasen de la mano. Mas ¿quién había de atreverse con aquel gigante? Y ¿quién se puso á ello y salió vencedor de la porfía? Nadie, sino una flaca mujer á quien amaba. Porque, como resistiese bravamente á los demás, á solo ella, no sé cómo, se rendía.

Mayor y más alta victoria nos ofrece hoy el sagrado Evangelio. Una mujer venciendo y acabando con Jesucristo lo que no pudieron acabar los mismos Apóstoles. Porfiaban éstos y decían al Salvador: Despáchala, que nos fastidia con sus gritos: *Dimitte illam, quia clamat post nos*. Porfiaba

Legítimo y abstracción.

Parte prim. ra. ó ilustración remota, con que

excita la atención de los oyentes.

Parte segunda ó ilustración próxima, para captarse la docilidad.

L. Cananea de-